

# El muro

Daniel Baldi

loqueleg

Las cubiertas chirriaron contra el cemento de la entrada mientras el guardia levantaba la mano en gesto de saludo.

Al pasar a su lado, Verónica le respondió con una sonrisa.

—Esta entrada me está alisando las ruedas —se quejó—. Siempre derrapo en el mismo lugar.

—¿Por qué al auto de papá no le pasa lo mismo? —preguntó Martina.

—Será porque es más liviano —dijo su madre, avanzando por el interior del *country* a menos de veinte kilómetros por hora, como lo indicaban los carteles.

—Lo que pasa es que la entrada no está fabricada con pavimento —explicó Camilo, que iba sentado en el asiento de atrás.

Las ocho horas que el mayor de los tres hermanos pasaba en el colegio lo dejaban agotado y malhumorado. Estaba en quinto año de primaria, su hermana Martina en tercero y su hermano menor, Félix, que estaba dormido al lado de Camilo, en primero. Félix siempre se

dormía durante los cuarenta y cinco minutos de viaje que tenían desde el colegio hasta el *country*.

Verónica miró a su hijo por el espejo retrovisor. Camilo siempre tenía algo para agregar en las conversaciones, pero lo que a ella más la irritaba era que generalmente lo hacía con tono petulante de «sabelotodo».

10 La casa en la que vivían era la más alejada de la entrada, contra el extremo del muro que delimitaba el perímetro del *country*. Guillermo, el papá, había elegido ese lugar apartado de todo, según él, para estar lejos del «chusmerío», como le decía a lo que sucedía en el centro del barrio privado, donde los jardines estaban conectados y todo el mundo veía y comentaba lo que hacía el vecino. El lugar donde ellos vivían era un poco más reservado.

Cuando llegaron, subieron por la pendiente de la entrada hasta estacionar frente a la puerta. Al costado de la puerta de entrada estaba la del garaje. Verónica prefirió no guardar la camioneta todavía por si tenía que volver a salir.

Camilo salió corriendo hacia la casa.

En cuanto María abrió la puerta, se encontró con la intempestiva presencia del niño. Le preguntó si quería merendar algo pero este no le respondió nada y dejó tirada la mochila en el medio de la pasada.

María la agarró y salió a ayudar a Verónica que trataba de despertar a Félix.

—Hola, María —la saludó Martina con una sonrisa.

—Hola, mi amor. ¿Qué querés merendar?

—Algo bien rico —contestó la niña mientras se dirigía a su cuarto.

Verónica sacó a Félix de la camioneta, no había logrado despertarlo.

—Señora, permítame ayudarla —se ofreció, tomándole la cartera y cerrándole la puerta de la camioneta.

—Gracias, María.

Verónica siguió hasta el *living* y recostó a Félix sobre el sofá.

En cuanto el niño apoyó la cabeza en el cuero del sillón, abrió los ojos.

Su madre se sentó a su lado y le pidió a María dos jugos de naranja.

—Yo quiero uno —dijo Martina, volviendo a entrar en el *living*.

—¿Dónde está Camilo? —preguntó Verónica.

—Creo que afuera —respondió María desde la cocina.

—Este niño —se quejó su madre con gesto cansino— no cambia más. ¿Cuándo será el día que se siente a merendar antes de salir a jugar?

—Yo quiero ir con él —se quejó Félix, peleando con la pereza.

—No, vas a salir recién cuando hayas terminado el jugo y vea que no tenés tarea para mañana.

—Pero —el niño puso cara de llanto—, ¿por qué Camilo puede salir y yo no?

—Camilo no puede salir, pero es un desobediente.

Por suerte apareció María con los tres vasos de jugo y una bandeja con sándwiches calientes.

—¡Bravo! —festejó Martina lanzándose sobre la bandeja.

En cuanto traspasó el ventanal de vidrio, se sintió libre. Corrió por el pasto del fondo y le pegó una patada a la pelota en dirección al arco que su padre había colocado contra el muro.

Guillermo lo había puesto allí para que cuando Camilo le errara al arco, la pelota rebotara contra la pared y volviera hacia él.

En este caso, el esférico entró contra el travesaño y quedó picando en el interior del arco antes de detenerse.

Camilo corrió para buscarlo y volver a patear cuando, al acercarse al muro, volvió a escuchar las mismas voces de siempre, provenientes del otro lado.

Hacía tres años que se habían mudado de la casa donde vivían en Carrasco para vivir allí. Según su madre, el *country* era más seguro. Según su padre, era... bueno, él nunca podía contestarle nada concreto cuando Camilo le preguntaba por qué se habían ido a vivir allí.

Lo cierto era que el niño odiaba el dichoso *country*. No solo porque quedaba muy lejos, sino también porque desde que vivían ahí pasaba más solo que de costumbre. Sus amigos se habían quedado a vivir en la ciudad, mientras que en el *country* solo vivían algunos nabos que, para su egoísta apreciación, más valía perder que encontrar. En la soledad de su jardín, el lugar preferido de él, siempre escuchaba que del otro lado del muro había un montón de niños que jugaban al fútbol, su deporte preferido. «Los niños del lugar que está prohibido».

Camilo era un niño triste. Los niños del *country* siempre querían jugar al fútbol, al tenis o al básquetbol, pero de la PlayStation, mientras él quería hacerlo de manera real, como los del otro lado. Quería correr, patear y hacer los goles él y no Cristiano Ronaldo o Messi.

Curioso por saber qué era lo que pasaba en el famoso «lugar prohibido», arrimó el oído a la pared de bloques.

No había dudas de que eran niños de todas las edades. Todos mezclados en un enorme partido de fútbol.

—¡Camilo! —escuchó que su madre le gritaba desde el ventanal—, vení a merendar.

—Ya voy —contestó, imaginándose en ese partido real, con compañeros y rivales reales.